

dades, como Marsella, Tolosa, Narbona; pero en todas fué instantáneamente reprimido, quedando localizada la guerra civil en París, que el gobierno legal se vió obligado á sitiar. Mas no pudo bloquearlo, porque los alemanes, que ocupaban los fuertes del norte y del este, dejaron en libertad á los insurrectos, y se valieron de este nuevo desquiciamiento para suspender la ejecución de los preliminares de paz y de los convenios que á continuación se habían firmado. Thiers, que se hallaba por completo á merced suya, hubo de solicitar de ellos el veintiocho de Marzo permiso para reunir en Versalles ochenta mil soldados. Cuanto más se necesitaba de su concurso, tanto más aumentaban sus exigencias en la conferencia de Bruselas, que acababa de abrirse. Pretextando las pocas garantías que les ofrecía el gobierno de Versalles, pedían que el pago de los cinco millones se efectuase totalmente en numerario, que la ocupación se prolongase hasta el instante en que ellos la juzgasen inútil, y así, por este estilo, anduvieron agravando extremo por extremo, en términos de transcurrir todo el mes de Abril sin que los plenipotenciarios llegasen á entenderse.

Mientras tanto, la guerra continuaba alrededor de París, prolongándose las operaciones del sitio, ya por abastecerse la plaza del lado de los fuertes alemanes, ya por no ser bastante el ejército de Versalles. Thiers se convenció de que necesitaba ciento cincuenta mil hombres, y acabó por tenerlos, pero mediante repetidos ruegos á los vencedores, que cedían de muy mala gana. Bismarck se presentaba cada día más suspicaz y vidrioso. En el *Reichstag*, acusaba á Thiers de doblez y de mala fe, osando decir que retardaba las negociaciones de Bruselas y prolongaba el sitio de París para reunir un gran ejército y volver á empezar, de acuerdo con los insurrectos, la guerra contra Alemania. Fué más allá. A fines de Abril, ofreció al gobierno francés el concurso de sus fuerzas para acabar con la insurrección, y como Thiers rechazase el ofrecimiento, anunció que Alemania estaba resuelta á llevar á cabo por sí sola aquella tarea. Esto habría sido el colmo de la vergüenza para Thiers, para la Asamblea nacional y para Francia. Con el fin de evitarlo, el jefe del gobierno francés creyó que lo mejor era concluir inmediatamente la paz, y á este fin, suspendiéronse las conferencias de Bruselas y Julio Favre, acompañado de Pouyer Quertier, ministro de Hacienda, partió el cuatro de Mayo para Francfort, donde concurrió al día siguiente el canciller del imperio. Las negociaciones no duraron más que tres días, firmándose el tres de Mayo el tratado definitivo, que reproducía, en sus cláusulas esenciales, los preliminares del veintiséis de Febrero, aunque no sin agravar, en algunos extremos, las cargas del vencido. Por ejemplo: se estipulaba que los departamentos del Soma, Sena inferior y Eure, serían evacuados después del pago de quinientos millones, y que los del Sena, Sena-y-Oise, Sena-y-Marne, seguirían ocupados hasta que el gobierno alemán juzgase el orden asegurado en Francia ó hasta el pago de mil quinientos millones; en materia de comercio y de navegación, se aseguraba á Alemania el trato de la

nación más favorecida; se concedía á los alsacianos y loreneses de plazo, para optar por la nacionalidad francesa, no más que hasta el mes de Octubre de mil ochocientos setenta y dos, y á cambio de ceder á Francia alrededor de Belfort el terreno preciso para defender esta plaza, se apropiaba Alemania un territorio mucho más extenso y rico en la frontera de Luxemburgo.

El veintiuno de Mayo, en el mismo instante que Julio Favre cambiaba en Francfort con el príncipe de Bismarck las ratificaciones del tratado de paz, el ejército de Versalles, mandado por el general Mac-Mahón, penetraba en París. Los partidarios de la «guerra científica» incendiaron, rociándolos con petróleo, varios monumentos públicos, como la casa Ayuntamiento, el Palacio de Justicia, las Tullerías, el Ministerio de Hacienda y el Tribunal de Cuentas, así como varias casas particulares; fusilaron á parte de los rehenes, al arzobispo de París, al presidente Bonjeau, á una porción de sacerdotes y de gendarmes, y mataron, en el acto de huir, á los dominicos de Arcueil. El horror de estos incendios y de estas matanzas acabó de exasperar á los vencedores, al extremo que la guerra en las calles, «la semana sangrienta», del veintiuno al veintiocho de Mayo, fué la lucha más encarnizada y la represión más mortífera que se registra en la historia de Francia. Se ignora la cifra exacta de los muertos; de los cadáveres levantados se calcula en diez y siete mil. Cuarenta mil prisioneros fueron llevados á Versalles, y parte de ellos enviados á la costa á trabajar en los pontones. Una vez ocupado París, que continuó en estado de sitio, se siguió arrestando á los sospechosos, ascendiendo á más de trescientas mil las denuncias que recibió la policía. Juzgaron á los acusados Consejos de guerra, que actuaron hasta mil ochocientos setenta y seis, dictando más de nueve mil condenas. Prescindiendo del uso francés, que distingue los crímenes políticos de los delitos de derecho común, los Consejos de guerra condenaron, sin reglas fijas, á unos á trabajos forzados, á otros á deportación, siendo embarcados siete mil quinientos para Nueva Caledonia. El partido revolucionario, agotado con esta sangría, no pudo ya reconstituirse, quedando frente á frente no más que los dos partidos republicano y monárquico.

El dos de Mayo de mil ochocientos setenta y uno, el parlamento italiano votó la ley de garantías, que regulaba las relaciones entre el Estado y la Iglesia, desde el doble punto de vista de la situación personal del Papa y de la independencia de la Iglesia respecto de la sociedad civil. Se garantizaban al Papa los honores soberanos, la libre correspondencia con los obispos, el derecho absoluto de convocar concilios, la libre dirección de las academias, colegios, casas religiosas de educación y de cualquier otra índole, establecidas en Roma, añadiéndose á estas ventajas morales, las materiales de una lista civil de tres millones doscientas veinte mil libras, el goce de los palacios del Vaticano y de Letrán, así como del castillo de Castel-Gandolfo, residencia de verano de los Papas, cerca del lago Nemi. En punto á las relaciones de la Iglesia con el Estado, se dejaba al

Papa, en el ejercicio de su poder espiritual, plena soberanía, no exigiéndose ni juramento á los obispos, ni autorización previa para los escritos pontificios. Esta ley de garantías puso fin á la soberanía temporal del Pontífice y al período de formación de la unidad italiana. El dos de Julio, Víctor Manuel efectuó su entrada oficial en Roma como rey de Italia, instalándose en el palacio del Quirinal, y el veintisiete de Noviembre se reunió el parlamento italiano por primera vez en la capital del mundo antiguo, transformada en capital del joven reino de Italia. En el mensaje á los representantes, Víctor Manuel delineó el programa político que había de asegurar en lo porvenir la duración de la obra realizada. «Jamás nos apartaremos de nuestros principios. Encumbrados en nombre de la libertad, buscaremos, en la libertad y en el orden, el secreto de la fuerza y de la conciliación.

La unidad germánica y la unidad italiana, he aquí las dos grandes creaciones sociales y políticas que, proseguidas durante tanto tiempo, llegan á realización cumplida al hundirse el imperio francés. El héroe de la primera fué Bismarck, que tuvo la gloria de concebirla, iniciarla y concluirla; el héroe de la segunda, por más que no lograrse la dicha de verla acabada, fué Cavour. El imperio germánico, como si dijéramos, Alemania *prusificada* militarmente, por el temor que inspira y la influencia política que ejerce, ocupa el primer puesto entre las potencias de Europa. Italia, no considerándose segura por la resistencia de los Papas á reconocer la abolición de su poder temporal, estima como necesaria la amistad de Berlín, y hacia Berlín igualmente dirige sus miradas Austria-Hungría, que no puede, sin el concurso de Bismarck, poner á raya á Rusia en sus proyectos ambiciosos sobre el Oriente. Fuerte con estas adhesiones naturales, Alemania ejercerá, en el período que ahora empieza, una hegemonía incontestable en Europa.



CAPITULO ALGUNO  
BIBLIOTECA  
MUSEO  
MUSEO  
MUSEO



ITALIA.—OCUPACIÓN DE ROMA POR LAS TROPAS DE VICTOR MANUEL

Lit. Felipe González Rojas, Editor

CAPILLA DE SAN VICENTE  
BIBLIOTECA DE LA CATEDRAL